

EL VELO DE ISIS
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
Consciencia y creencias religiosas

Comienza la historia explicando que un sastre (*una persona que se dedica a hacer trajes a los demás*) está celebrando con su esposa una fiesta, y antes de empezarla, vio llegar a la puerta de su tienda a un jorobado, y con idea de que amenizase la cena, le invitan a cenar con ellos, pero el pobre jorobado se atraganta con una espina de pescado y muere.

Ante esta situación, resuelven llevarlo a la puerta de la casa del médico, su vecino de al lado que era judío, y dejárselo en la puerta como si estuviese enfermo. Así lo hacen y le tocan y se van. Al salir el médico, no ve en la oscuridad el cuerpo y tropieza con el, cayendo ambos escaleras abajo. Al intentar ayudarlo, se da cuenta que está muerto. Ante esta situación, resuelve con su mujer - liberarse - pasando el cuerpo a casa de su vecino musulmán, echándoselo por la chimenea.

Al caer el cuerpo, el vecino cree que es un ladrón que entra a robar y lo muele a palos, para darse cuenta después de que está muerto y creyendo que ha sido él, quién lo ha matado. El y su mujer, deciden llevar el muerto a la puerta de su vecino, que era cristiano, y liberarse así de ésta situación.

Es evidente que en general, los seres humanos ante una situación comprometida, intentan, nunca mejor dicho, echarle el muerto a otros, para no ser culpables y evitar merecer el castigo, dándonos cuenta que sus creencias religiosas no pesan en sus decisiones..

El cristiano, que vuelve ebrio a su casa, tropieza con el cuerpo del jorobado y pensando que es una ladrón, le da también una soberana paliza, y mientras lo está haciendo aparece la policía, que ante la evidencia, lo condenan a la horca. Lógicamente los vecinos se enteran de todo - y *aquí actúa la consciencia que todos tenemos*- y cada uno de ellos va confesando el creerse autores del crimen, por lo que de pronto se encuentran con cuatro asesinos, no uno y le presentan los hechos al Sultán, quien reconoce que se trata de una situación insólita, hace tomar declaración a todos y anotarlos a su escribano y exclama que nunca había oído una historia parecida, a lo que el sastre, el judío, el musulmán y el cristiano, le dicen que conocen cada uno de ellos una historia tal vez más insólita aún y el Sultán se dispone a escucharla.....

A los seres humanos nos gustan las historias, quedamos atrapados cuando oímos -érase una vez- por eso seguimos contando la historia de cada uno de los aparentes asesinos, que no lo son.

C.E.A

EL VELO DE ISIS
Capítulo XXII

El Libro de las religiones, o del jorobadito y los siete barberos

Los cuentos más singulares de Las mil y una noches.-Historia del jorobadito.-El comerciante cristiano, el proveedor musulmán, el médico judío y el sastre persa.-Los relatos del barbero.-Oficiosidades salvadoras.- charlatanes y sus respectivas historias.-El califa no pierde detalle alguno de ellas.-La molinera.-El degenerado.- El ciego y los ladrones.-El viejo falsificador.-El cuento de la lechera.

Los cuentos que van a ser materia del presente capítulo son los más singulares de Las mil y una noches, porque todos se desarrollan a base de siete "barberos" o "limpiadores de impurezas humanas", en los tres sentidos simbólicos, a saber: en lo físico, en lo intelectual y en lo moral, como ya viésemos en las Aventuras de Abukir y de Abusir, en el capítulo XII.

Ellos son, por otra parte, una de las pruebas más concluyentes respecto de nuestro aserto fundamental de que, lejos de ser las historietas todas de la gran obra un absurdo tejido de patrañas y fantaseos, son un modo admirable de representar, bajo frívolas apariencias para despistar al profano, las más puras enseñanzas de la primitiva Religión-Sabiduría envueltas en el ropaje de la fábula y del alcance ocultista de las creencias dogmáticas ulteriores de sacerdotes que de ellas hiciesen necromantemente un instrumento de explotación, hemos llamado a este tratadito “el Libro de las religiones”, subtítulo que la misma lectura del simbólico argumento habrá de justificar.

Veamos, ante todo, el argumento mismo, tal y como se da unánimemente en los textos:

Historia del jorobadito.

–Había antaño en Casgar, en los confines de la Gran Tartaria, cierto sastre feliz que, en vísperas de un banquete íntimo con su mujer, vió llegar a la puerta de su tienda a cierto gracioso jorobadito. El sastre dijo a su mujer:

–Este es un delicioso bufón, quien, con su pandereta, nos puede divertir mucho esta noche si le invitamos a cenar.

La mujer del sastre, al efecto, aportó abundantes manjares, y en la cena, en una de tantas bromas con el bufón, le llenó la boca de comida. Por desgracia, en el bocado iba una espina de pez que, atravesándose en la garganta del jorobadillo, acabó por ahogarle con gran espanto del festivo matrimonio. No sabiendo éste qué hacer, resolvieron fingir que aquél estaba simplemente indispuerto, y le llevaron sigilosamente a la casa del vecino, que era un médico judío, quien, al salir a la llamada, con la natural precipitación derribó al supuesto enfermo escalera abajo y vió que le había muerto. Aterrado entonces el galeno, resolvió con su mujer echar el cadáver chimenea abajo de la casa del vecino, que era un proveedor musulmán, el cual, al sentir dentro de su casa a aquel hombre, creyéndole un ladrón que le iba a hurtar sus provisiones, le empezó a apalear hasta que le dejó por muerto. Reflexionando luego acerca del disparate que acababa de hacer, no se les ocurrió otra cosa a él y a su señora sino llevar el muerto junto a la puerta de su vecino, que era cristiano o nazareno. Este, en fin, al retornar al amanecer ebrio a su casa, no hizo sino agarrarse a brazo partido con el supuesto malhechor, hasta que a fuerza de golpes creyó que le había matado. En tal instante llegó la policía, y sorprendiendo infraganti al nazareno, bien pronto se dispuso a ahorcarle.

Pero como aquellos tiempos, por lo que se ve, eran de mucha mayor honradez que los presentes, sabedor el comerciante musulmán de aquello, se apresuró a narrar lo sucedido para que no padeciese por causa de él aquel inocente. Iba, pues, a ser ahorcado, por su propia confesión, el musulmán, cuando el médico judío, con igual honradez, se confesó único reo, y al irle la justicia a echar el dogal al cuello, hete aquí que se interpone el buen sastre y se declara único autor del crimen, refiriendo todo lo acaecido.

Aquello era ya demasiado, y se dió noticia de ello al sultán, el cual mandó suspender la ejecución, a pesar de que el jorobadito muerto era nada menos que su bufón, que se le había escapado aquella noche, y comparecer a todos ante su presencia. Tan singular le hubo de parecer el hecho que mandó a su cronista tomase nota puntual de él para consignarle en los Anales del reino.

–¿Habéis visto ni oído nunca cosa tan notable como ésta? –preguntó el sultán.

A lo que el comerciante cristiano, adelantándose reverente, replicó:

–Señor, yo puedo contar con vuestra venia otra mucho más interesante aún, y la contaré si vuestra majestad, en cambio, me absuelve de la pena que merecer pueda.

Otro tanto dijeron los otros tres reos, y previa la autorización del sultán, cada uno de ellos relató una de las respectivas historias siguientes:

Historia contada por el comerciante cristiano.

–El comerciante cristiano dijo al sultán:

–Señor, yo soy capto de nacimiento y corredor de granos. Cierta día se llegó a mi tienda un distinguido joven ofreciéndome ajonjolí, que yo tasé a cien dracmas por medida grande, con lo que me gané diez dracmas en cada una. Como las medidas eran cincuenta, obtuve una venta de 5.500 dracmas de plata y una ganancia de 500. El joven dejó su dinero todo en mi poder, durante largo tiempo, pero yo cuidé de hacérsele producir. No hay que decir que con tamaña confianza se estableció entre nosotros buena amistad. Una noche en que le había convidado a cenar, noté que comía con la mano izquierda, y a los postres, para darme satisfacción de semejante falta de etiqueta, me mostró ser manco de la mano derecha, añadiendo:

–Como presumo su curiosidad, quiero contarle mi peregrina historia.

Soy hijo de un riquísimo comerciante de Bagdad, y de muy joven llegué con mis telas al kan de Mesrur. Al principio me ofrecieron por ellas mucho menos de su valor, por lo que decidí distribuir las entre los detallistas. Cierta lunes llegó a la tienda de uno de mis clientes, que se llamaba Bedreddin, una dama de alta distinción envuelta en tupido velo de seda azul, pero que me dejó encantado. Pedía una rica tela de oro tasada en mil cien dracmas de plata, que yo me apresuré a ofrecerle regalada en pago sólo de que me dejase ver su rostro, que prometía ser hermosísimo, como en efecto resultó serlo. Desde entonces me enamoré tan perdidamente de la dama que ya no vivía sino para ella. Ella, correspondiéndome, me citó para la casa de Abon Schamma, por sobrenombre Bercur, antiguo jefe de los emires y que vivía en la calle de la Devoción. Yo, tomando el viernes cincuenta monedas de oro, fuí recibido en un gran pabellón de la casa de mi amada, rodeado de un incomparable jardín lleno de aves, fuentes y demás bellezas, y en el que me recibió con muestras de la mayor consideración y amor, sentándome a su mesa y disfrutando con ella toda clase de placeres. La dejé luego bajo la almohada las cincuenta monedas de oro, y así repetí la visita muchas noches seguidas, hasta que me quedé sin dinero ni esperanzas de adquirirlo. Entonces, lleno de desesperación, salí de mi casa y caí en la tentación de

aprovecharme de un descuido de cierto caballero, a quien hurté de su bolsa el oro que llevaba en ella. Descubierta, la justicia me hizo cortar la mano derecha. Después de todo esto yo no sabía cómo presentarme a mi dama, pero ella se informó bien pronto del suceso y me dijo:

–Sé que por mi amor has hecho todo esto. Pues bien, la pena que ello me causa me matará bien pronto, pero antes que tal suceda te quiero donar todos mis bienes. –Y diciendo esto me mostró un gran cofre donde había ido depositando intactas cuantas cantidades yo la diese. De allí a cinco semanas, en efecto, murió, y yo entré en posesión de todos sus bienes, que eran muy cuantiosos. Fué, sin embargo, tan grande la vergüenza que me produjese el hecho, que he decidido partir, regalándole a usted el dinero que en mi poder tiene e invitándole a que se establezca conmigo en mi patria, si lo desea, como así lo hice.

El sultán de Casgar se encolerizó contra el comerciante cristiano, diciéndole:

–¿Cómo te atreves a pensar que esa aventura de un joven disoluto sea más admirable que la de mi bufón? A bien que os haré ahorcar a los cuatro. Pero, en esto, el proveedor musulmán se interpuso, y con la venia del sultán contó, a su vez, esta historia:

Historia contada por el proveedor del sultán:

–Señor –dijo el proveedor musulmán–: en un banquete de bodas de mi pueblo había cierto convidado que ante un plato condimentado con ajo se resistía a comerle, diciendo:

–¡Si supiesen lo caro que el ajo me ha costado, no me invitarían a que le comiese!

Instado por el dueño de la casa a que lo comiera y después de haberse lavado cien veces por ello, mostró faltarle el dedo pulgar de entrambas manos y de entrambos pies, y explicó la causa de tamaña desgracia, diciendo:

–Hijo de uno de los más ricos comerciantes de Bagdad, una mañana llegó a mi tienda una dama tan hermosa que al punto me prendó. Venía buscando una tela costosísima de valor de cinco mil dracmas de plata, y le entregué la tela con tal aturdimiento que ni siquiera me acordé de cobrárselos ni de preguntarla dónde vivía. Pero vi con alegría al día siguiente que la dama volvía y me entregaba el dinero y tornaba a llevarse telas por valor de mil monedas de oro, sin pagarlos ni decirme nada ni darse a conocer, y sin volver entonces durante todo un mes, cosa que me puso al borde de la desesperación y de la ruina. Ya se iban a echar sobre mí los acreedores, cuando la vi llegar con más boato que nunca y pagarme escrupulosamente.

Luego su eunuco me facilitó el medio de avistarme con ella, que resultó ser nada menos que la favorita de Zobeida, esposa del califa **(1)**. Para ello era preciso que me dejase encerrar en un cofre y ser así transportado ocultamente al palacio del sultán.

Excuso decir –continuó el comerciante– las angustias pasadas dentro del cofre, que estuvo a punto de ser abierto por la guardia palatina y por el propio sultán. Luego de varios días de dicha en el palacio, se dispuso todo lo necesario para el matrimonio

mío con la favorita, y la noche de la boda nos sirvieron a la mesa, entre otros excelentes manjares, uno condimentado con ajo y semejante al que ahora me acaban de ofrecer. Él me supo tan bien, que apenas toqué a los demás manjares, pero sin duda no debí lavarme bien las manos después de haberlo comido, porque terminada la ceremonia, al ir a entrar en la cámara nupcial, mi esposa, en lugar de acogerme amorosamente, me rechazó enloquecida, y dando gritos espantosos atrajo así a sus damas y me hizo salir diciéndome:

–Sois un indecente y un grosero. ¡Yo no puedo sufrir junto a mí a un hombre que apesta a ajo!

Y uniendo el dicho al hecho, me hizo cortar los cuatro pulgares, dejándome como me veis.

–Esta historia –replicó el sultán al oírla al proveedor musulmán– es interesante, pero no tanto como la de mi jorobadito, así que no me resuelvo a perdonaros.

Entonces se adelantó el médico judío y dijo:

–Mejor encontraréis, sin duda, la que vaya referiros– y contó la historia siguiente:

Historia contada por el médico judío.

–Una vez fuí llamado para asistir a cierto gallardo joven a quien faltaba la mano derecha. Extrañado de ello le supliqué que me informase del por qué de tal desgracia, y él me dijo:

–Doctor, mi aventura es extraordinaria. Sabed que soy natural de Mosul. Mi acaudalado padre era el mayor de diez hijos, pero no tenía más hijo que a mí. Recibí de él una educación esmeradísima y me propuso que para completarla viajase por el maravilloso país de Egipto.

Me dirigí, en efecto, a él, pero me detuve en Damasco, donde cierto día, sentado a la puerta de mi casa, se llegó a mí una preciosa dama que deseaba comprarme algunas ricas telas y se quedó a cenar conmigo, ofreciéndome dinero con la amenaza de que, si no lo aceptaba, no la volvería a ver.

–Espéreme de aquí a tres días –dijo al despedirse amorosamente después de una noche feliz.

A la visita siguiente me dijo que tenía una amiga, mucho más hermosa que ella, y que me iba a someter a una prueba hartamente difícil.

En efecto, de allí a poco se presentó con otra dama. Como mi amada había previsto, al punto quedé loco de amor por la recién venida, sin estar en mis fuerzas el evitarlo; pero noté con espanto que al percatarse de ello la primera, experimentó tal acceso de celos que la vi morir en mis brazos. Cuando pude volver en mí de mi dolor ante aquella desgracia, de la que yo sólo era el culpable, advertí aterrado que la hermosísima recién venida había desaparecido.

–¿Qué haré? –me pregunté, y temiéndolo todo hice enterrar a mi amante en el suelo de mi casa, que cerré y sellé con mi propio sello, partiendo inmediatamente para Egipto. Llegué a El Cairo, donde me encontré con mis tíos, y permanecí allí tres años seguidos, al cabo de los cuales retorné a Damasco, encontrando mi casa en el mismo

estado que la había dejado.

Ya en Damasco hice una vida tan disoluta que pronto hube de quedarme sin dinero, y decidí vender el collar de perlas regalo de mi pobre muerta. Esto fué la causa de mi desgracia. El collar era único en su género y le apreciaron en dos mil scherifes; pero el corredor, pretextando que las perlas eran falsas, no me ofreció más que cincuenta, con el fin, no de comprarle, sino de sondear si yo conocía el valor de la alhaja, y como aceptase su propuesta, sospechó de mí y me hizo llevar ante la policía, quien me prendió inmediatamente, propinándome tal paliza que me hizo confesar contra la verdad, que había robado tal alhaja, y me mandó en castigo cortar la mano derecha. Cuál no sería mi sorpresa cuando se me dijo que, en efecto, el collar pertenecía nada menos que a la hija del caid de Damasco, desaparecida hacía ya tres años juntamente con la joya. Entonces tomé mi resolución y le conté al gobernador paladinamente el caso; cuando éste me oyó, después de ordenar fuese apaleado el corredor calumniador, exclamó a grandes voces:

–¡Gran Dios, vuestros decretos son inescrutables, y acepto resignado el golpe con que me herís!– y añadió:

–Hijo mío, yo soy el padre de las dos damas que acabas de citarme. La primera niña que tuvo la desvergüenza de ir en tu busca era la mayor de mis hijas. La había casado con un primo suyo en El Cairo, y cuando enviudó se entregó a todo género de liviandades aprendidas en Egipto. Antes que de Egipto volviese aquella arpía, su hermana menor, o sea la joven que ha muerto en tus brazos de un modo tan deplorable, era muy pundonorosa y jamás me había dado el menor disgusto; pero desde que trató con su hermana se había hecho tan encanallada y perversa como ella. Al día siguiente, como no la viese en la mesa, pregunté por ella a la hermana mayor, quien me dijo, sollozando, que nada sabía, sino que había salido de casa con sus mejores vestidos y su collar de perlas. Mandé buscarla al punto por todas partes, pero mis pesquisas fueron inútiles. La hija mayor, presa de remordimientos, sin duda, se negó a comer y murió de allí a pocos días. En fin, puesto que el morir es la natural condición de los mortales, no veo otro camino sino el de que tú y yo no nos separemos ya más, casándote con mi hija la más pequeña y que es un dechado de virtudes.

No hay que añadir que me apresuré a complacer al buen padre casándome al punto con su hija pequeña, recibiendo la dote de las tres.

–He aquí, pues, comendador de los creyentes –terminó el médico judío–, toda mi verídica historia, que espero resulte del agrado de vuestra majestad.

–Está bien –respondió el sultán–; pero como tu historia no es tan interesante como la de mi jorobado, no esperéis de mí el perdón.

Entonces se adelantó el sastre, y tomando resueltamente la palabra, refirió su respectiva historia como sigue:

Historia que contó el sastre.

–Comendador de los creyentes –dijo el sastre con respeto–, una vez fuí convidado a

un banquete en el que estábamos unos veinte comensales. Tan sólo esperábamos a nuestro anfitrión, que llegó acompañado de un elegante joven con el solo defecto de ser cojo. Este joven, al irse a sentar en su puesto, reparó en un barbero, que era otro de los comensales, y dando un paso atrás, trató al punto de marcharse. El dueño de la casa le detuvo, extrañado de semejante acción.

--Señor --replicó el joven--, yo no puedo sentarme donde se siente este odioso rapabarbas, que tiene el alma aún más negra que su rostro.

Y como el anfitrión le preguntase la causa de tamaña repulsa, el joven añadió:

--Caballeros, este hombre maldito es el culpable de mi cojera, por lo que he jurado huir de todos los sitios en que él se encuentre. Sabed, en efecto, que mi padre era un alto dignatario de Bagdad, sin más hijo que yo, y quien disponía de una gran fortuna que disfruto honradamente. No había aun experimentado la menor pasión amorosa, cuando, sentado un día en un banco, dirigí la mirada a la casa frontera, donde vi una joven regando sus macetas, y que al punto me cegó de amor. En aquel momento vi también llegar a la puerta una gran comitiva, por lo que me di cuenta que la joven era nada menos que la hija del caid. La enfermedad hizo presa en mí, y los médicos desconfiaban de salvarme, hasta que llegó una anciana, quien, a solas conmigo, me dijo:

--Hijo mío, yo sospecho bien la causa de tu enfermedad, que no es sino mal de amores. Dime, pues, quién es la afortunada dama objeto de tus ansias.

Y cuando yo la confesé que era la propia hija del caid, añadió: --La empresa es, en efecto, difícil; pero yo trataré de allanarla con mi ciencia y mi experiencia.

Y, dicho esto, se partió a visitar a la joven.

Para abreviar, les diré que la buena vieja empleó inútilmente cerca de la hermosa, uno por uno, todos sus muchos recursos suasorios, aunque en vano, porque ésta se mostraba más dura e insensible que una piedra. Yo me veía morir..

--Tú serás la causa de la muerte del más gallardo mancebo de la ciudad --acabó la vieja por decirla, viendo, con júbilo, que aquel corazón se ablandaba al fin.

En efecto, la vieja acabó por conseguir la ansiada cita que me dió la vida. En la mañana de la cita, desde bien temprano, y ya milagrosamente restablecido, empecé los preparativos que son del caso e hice llamar a un barbero para que me arreglase. Mi esclavo me trajo al punto uno de los más acreditados, quien, no bien entró, me agobió de cumplimientos y reverencias, diciéndome, parlero:

--El señor no está bueno, sin duda, y yo deseo que le libre Alah de toda clase de males, tanto espirituales como corporales. ¿Quiere usted que le afeite o que le sangre?

--Tengo gran prisa, y sólo deseo que me afeite y corte el pelo prontamente --repliqué--. Me aguardan para un asunto de gran interés en punto del mediodía.

–Si es así, vaya proceder inmediatamente.

Y diciendo esto, el rapista sacó con la mayor parsimonia sus navajas del estuche y se puso lentamente a adobarlas. Luego suspendió la operación y salió por un astrolabio, para sacar – decía– “el horóscopo del momento”, y volviendo solemnemente, me dijo:

–Señor, estoy segurísimo de que sentirá la mayor satisfacción en saber que hoy es viernes, diez y ocho de la luna de Safar, del año 556, después de la retirada de nuestro gran profeta de la Meca a Medina, y del año 7320 de la era del gran Iskender de los dos cuernos. Como, además, Mercurio y Marte están en conjunción, no podría usted hallar momento más propicio y favorable ni mejor hora para afeitarse. Pero, por otro lado, esta misma conjunción es de muy mal presagio para usted. Leo en ella que hoy corre usted gran riesgo, no ciertamente de perder la vida, sino de sufrir una gran incomodidad que le durará toda la vida. Usted, al saberlo, me quedaría, sin disputa, agradecidísimo por el aviso que con esto le doy para evitar esta desgracia, que sentiría en el alma no tratase de evitar por cuantos medios su buen talento le sugiera.

Yo estaba exasperado ya, al ver la terrible lentitud del rapabarbas, odioso y charlatán como ninguno, por lo que le dije:

–Desprecio con toda mi alma sus consejos y sus presagios. Yo no le he llamado como astrólogo, sino como barbero.

–Perfectamente, señor –replicó éste, sin inmutarse–. Pero tenga calma, que para todo llega la hora de Dios. ¿No es mejor que tener un simple desuellacaras el tropezar dichosamente con un barbero como yo, que es el mejor de todo Bagdad, y, además de ello, un sabio médico, un astrólogo incapaz de engañar ni de equivocarse; un químico sapientísimo; un perfecto gramático y consumado retórico; un matemático conocedor de todos los secretos del álgebra, la geometría, la astronomía y la música, y un historiador, en fin, que tiene al dedillo todas las historias de todos los reinos del Universo?... Filósofo, poeta y arquitecto, nada hay oculto para mí en la Naturaleza ni en el hombre; tanto, que su difunto abuelo, a quien rindo el tributo de mis lágrimas cada vez que me acuerdo de él, convencido de mis méritos universales, me citaba a la continua y me deputaba como el primer sabio del mundo en cuantas reuniones asistía. Yo, movido por estas y otras mil poderosas razones, le tomo a usted bajo mi protección augusta, y pretendo alejar de su cabeza todas cuantas desgracias le anuncian hoy los astros.

Al oír tal sarta de jactancias, a pesar de mi irritación contra él no pude menos de soltar la carcajada, añadiendo:

–¿Cuándo va a acabar, desventurado de mí? ¿Habrá charlatán mayor que usted en todo lo descubierto de la Tierra?

–Señor, usted me injuria llamándome hablador –continuó imperturbablemente el barbero–. ¡Hablador, cuando todo el mundo me llama “el silencioso”! Es cierto que tengo otros seis hermanos, a quienes con justicia se los podría llamar habladores, y a fin de que usted los conozca le diré que el mayor se llama Bakbuk, el segundo

Bakbarah, el tercero Bakhak, el cuarto Alcuz, el quinto Alnasehar y el sexto Schakabak.

Yo no podía ya más, y exasperado llamé a un criado, diciendo:

–¡Que le den tres monedas de oro a este hombre y que se vaya, pues no quiero afeitarme hoy!

–Señor –continuó fríamente el perverso–: Yo he sido llamado aquí para afeitarte, y le juro, por la fe musulmana que profeso, que de aquí no saldré vivo ni muerto sin cumplir decorosamente mi cometido. Si usted no sabe estimar mis méritos, yo no tengo la culpa. Su difunto abuelo me hacía más justicia. Es usted un pozo de ciencia inagotable, y nadie puede competir con usted en sabiduría –me decía–. Cierta día que estaba embelesado por uno de mis discursos, dijo a su mayordomo: “¡Que le den en seguida uno de mis mejores trajes y a más cien monedas de oro... !

El barbero siguió así, sin parar de hablar, por otra media hora.

–¡Por amor de Dios, acabe! –supliqué–. ¡Despácheme pronto, que tengo una cita urgente, como ya le he dicho!

Al oírme se echó a reír, añadiendo:

–Si nuestra mente se mantuviese tranquila y fuésemos constantemente prudentes y comedidos nos evitaríamos cien disgustos. Nada debe hacerse sin previo dictamen de gentes ilustradas, y en mí encontrará siempre el sensato consejo que necesite...

Me levanté despechado, dando una gran patada en el suelo.

–Señor; tiene usted un genio muy vivo, o acaso se halla enfermo. A buen seguro tiene algo que le urge, y si es así, no desprecie, le repito, mi mucha sabiduría. Ciertamente no haría mal en consultar conmigo su negocio. Le iría mejor. Y diciendo esto, soltó de nuevo la navaja, empuñando el astrolabio.

Entonces tomé un heroico partido y le dije a mi tormento:

–Acabe usted, y le daré para el banquete que dice va a dar hoy a sus amigos aves, cordero, vino, frutas y cuanto necesite... Yo también estoy invitado a otro banquete.

–Me hace usted bailar de gusto con su obsequio –dijo, aparentando gratitud–, y vea que soy como de los mejores bailarines del reino...

¡Y Se puso a bailar, soltando las navajas, mientras daban el primer toque ya para el mediodía!

Acabó, y acabé rápidamente de vestirme, pudiendo llegar mal apenas al filo de la cita; pero al llegar a la casa de mi amada vi, con espanto, que el inexorable barbero me seguía. Me deslicé al punto por la puerta de mi amada, entreabierto por la vieja. No bien había comenzado a hablar con aquélla, sentí que llegaba la escolta, y mirando afuera vi que el caíd venía, y vi al barbero que permanecía impertérrito en la

acera de enfrente. El caid ordenó dar de palos a uno de sus esclavos, a cuyos gritos se alborotó la calle toda, y el barbero empezó a darlos aún mayores, diciendo:

–¡Que matan a mi amo y señor!

Al punto mandó llamar a mis criados, que vinieron armados con palos y golpearon con indecible furia las puertas de la casa del caid, quien no acertaba a explicarse la causa de todo aquello ni menos las palabras del barbero, que le decía patéticamente:

–No me engaña usted con su aspecto venerable y sé bien lo que me digo. Su hija de usted, enamorada de nuestro amo, le ha citado para que aquí venga durante la oración del mediodía, usted lo ha sabido y le ha mandado apalear...

El caid, por toda respuesta, franqueó la casa a los asaltantes, y aunque yo me había escondido en un arcón, el pícaro oficioso me descubrió en mi escondite y cargó conmigo y con el cofre, y ya en la calle, escapé de éste con tal precipitación que me torcí una pierna, quedando cojo, como veis, para toda mi vida, pero sin lograr por eso que el barbero me siguiese, hasta que me hurté a sus pesquisas metiéndome de rondón en una conserjería, de donde secretamente, después de ordenar la venta de todos mis bienes, salí para establecerme aquí, para tener la desdicha de ver ahora que no he logrado nada, pues que el terrible barbero está también aquí...

Tras estas palabras se despidió el joven, y el barbero entonces, dirigiéndose a los comensales, les dijo:

–Espero de ustedes, señores, que a pesar de ser cierto punto por punto el relato hecho por el joven que acaba de dejarnos, no me juzgarán sin antes oírme... ¡He aquí lo que se gana con servir a gentes desagradecidas! Si no, oíd mi historia. De mis siete hermanos yo soy el más callado y el de mayor talento, como vais a ver.

Historia del barbero.

–Señores –continuó diciendo el barbero a sus compañeros de banquete–, bajo el reinado del califa Monstanser Billad, diez salteadores merodeaban, en la campiña de Bagdad, hasta que los diez cayeron en manos de la justicia en el mismo día, resultando ser diez jóvenes muy elegantemente vestidos que venían en una barca por el Tigris y a los que yo me había incorporado creyéndolos gentes de bien. Me ataron como a los demás y me condujeron sin la menor protesta por mi parte. ¿De qué me habría servido, en efecto, el hablar ni el hacer la menor resistencia?

Como el verdugo había recibido orden de cortar las cabezas a los diez salteadores, los puso en fila y los fué decapitando uno por uno. Cuando llegó a mí se detuvo, viendo lo cual el califa le increpó:

–¿No te ordené que decapitases a los diez ladrones? ¿Por qué, pues, dejas vivo al décimo?

–Señor –replicó el ejecutor–: he aquí las diez cabezas separadas de sus diez cuerpos.

El califa vió que era así, y como advirtiese que yo no tenía cara de malhechor me preguntó el por qué iba en compañía de tales miserables. Yo entonces le conté la verdad del caso. El califa soltó la risa, y, contra el parecer del cojo a quien acabáis de oír, me deputó en justicia como el hombre más discreto y silencioso del mundo... Yo hago profesión y voto de silencio, y por eso, para diferenciarme de mis otros seis hermanos, me llaman el callado.

El califa me obligó entonces a que le narrase las historias de mis otros seis hermanos, y yo le relaté las seis historias siguientes:

Historia del primer hermano del barbero (2).

–Señor, mi hermano mayor era sastre y se llamaba Bakbuk el jorobado. Cuando acabó su aprendizaje alquiló una tienda frente a un molino y comenzó a vivir penosamente de su trabajo. Un día su mirada se cruzó con la de la molinera y quedó estúpidamente enamorado de ella. Ésta, así que se dió cuenta de la ceguera de mi hermano, la faltó tiempo para enviarle una tela para que le hiciese un costoso vestido, que mi hermano, por congraciarse con ella, no le quiso cobrar. El abuso continuó más y más, pues pronto recibió otros encargos semejantes, no sólo de ella, sino de su marido, tales como camisas, calzoncillos, etc., resistiéndose siempre a cobrar nada, aunque, por no poderse emplear en otros trabajos remuneradores, el pobre tonto se moría de hambre. Por fin, cierta noche, el matrimonio, fingiéndose agradecido a tan impropias generosidades, le convidó a cenar, dándole de comer muy malamente y acabando el marido por exigirle que se dejase enganchar a la molineta en lugar de su mula, que se había puesto enferma, cosa a la que el tonto enamorado accedió tan neciamente que se dejó atar, recibiendo del molinero, una vez que le vió así asegurado y que había tirado del aparato toda la noche, la mayor paliza que puede recibir ningún imbécil en el mundo.

No hay que decir –terminó el narrador– que no le quedaron a mi hermano con aquello ganas de meterse en aventuras de tan funestos resultados como la de la pícara molinera.

Historia del segundo hermano del barbero.

–Paseando una vez mi hermano Bakbarah, el mellado –continuó el barbero–, se le acercó una vieja diciéndole que, si era hombre reservado y prudente como parecía, viniese a cenar con la dama, su señora, aquella noche, en su palacio.

Bakbarah aceptó entusiasmado la propuesta y fue recibido en un suntuoso palacio, donde la dueña hizo servir para los dos una espléndida cena, sin advertir en su ceguera las burlas e indirectas de que era objeto por parte de las doncellas, por su talante y por las mellas de su boca. La dama, con el mayor cariño aparente, le daba de vez en cuando bofetoncitos, algunos que le llegaron ya a doler; pero mi hermano no se mostró ofendido, permitiendo con la mayor bobera que le lavase y perfumase como a un gran señor.

–Haz lo que sabes –ordenó la dama a una de sus pícaras doncellas–, y cuando hayas concluido, vuélvemele a traer.

Lievósele, en efecto, la doncella y, en medio de las prevenciones de la vieja para que en nada se opusiese a las exigencias de la señora, que era decía, un tanto rara, se dejó afeitar barba, bigote y cejas; vestirse con enaguas de mujer y, en una palabra, ponerse en la tesitura más ridícula de mundo.

No paró aquí la broma, sino que, una vez así, las pícaras bromistas se dieron trazas a dejarle bonitamente en la calle con aquella facha y aquellas vestiduras, recibiendo, además; una formidable paliza de los curtidores del barrio, que le pasearon después en un asno, tal como estaba, por todas las calles de la ciudad. El caid, además, le expulsó, ordenándole no volviese jamás a ella bajo pena de muerte.

Historia del tercer hermano del barbero.

–Señor –continuó el barbero–, mi tercer hermano, llamado Bakbak, iba de puerta en puerta pidiendo limosna, pues era ciego, aunque no precisaba lazarillo por lo bien que conocía la población. Como tuviese, para más obligar a que le diesen algo, la mala costumbre, cuando llamaba a las puertas, de no contestar hasta que a ella bajaba el dueño, cierto día se encontró con la horma de su zapato, como vulgarmente se

dice, porque al llamar a la puerta de un individuo y hacerle bajar, éste se vengó de él y de la molestia causada haciéndole subir como si le fuese a sentar a su mesa, y una vez allí dejándole a su desventura, después de decirle “que perdonase por Dios, que otra vez sería”.

Al bajar el ciego así, rodando por la escalera y quejándose de la aventura, se encontró con otros dos ciegos, compañeros suyos de industria y de vivienda, a quienes les dijo, creyendo que el dueño no le escuchaba:

–Con hombres como éste pronto tendríamos que agotar nuestro tesoro. Vamos a casa a cenar y a repartírnosle, que demasiado tiempo he sido ya el depositario.

Conviene advertir que el hombre en cuestión era un ladrón redomado, quien no quiso desperdiciar la ocasión que se le presentaba y se metió sigilosamente tras los ciegos en la casa de ellos.

–Compañeros –dijo Bakbak, así que los tres se creyeron solos en su zaquizamí–. Cerremos bien la puerta y tengamos cuidado no se nos haya metido algún extraño con mal propósito. –Y se pusieron a recorrer todo el suelo con sus palos, sin que tropezasen en las piernas del ladrón, que había tenido buen cuidado de colgarse de las llaves del hogar mientras el reconocimiento.

Entonces Bakbak apartó de un escondite diez taleguitos, cada uno con mil dracmas de plata, que se pusieron a contar los tres ciegos con más esmero que si vista tuviesen. Luego, considerando que sería mejor continuar como hasta entonces, volvieron a guardarlos, tomando sólo diez dracmas cada uno y poniéndose a cenar. El ladrón, que también se sentía con apetito, comía a la par que ellos sin hacer el menor ruido; pero, a pesar de eso, Bakbak le oyó masticar y, echándole mano como con tenazas, comenzó a gritar y a pedir auxilio. Al ruido acudieron los vecinos, y luego la justicia, que se los llevó presos a todos. El ladrón, viéndose perdido, se

fingió ciego también y dijo ya ante el juez:

–Señor, somos cuatro criminales; pero como nos hemos juramentado para no confesar nada sino mediante castigo, pónganos en tormento y mándenos dar cien palos, empezando por mí.

Además el pícaro tuvo la astucia y el aguante de resistir hasta quince o veinte palos, al cabo de los cuales abrió los ojos demandando clemencia, con lo que no hay que decir que el juez, que le creía ciego, quedó asombrado y, como le pidiese explicación a cambio de clemencia de lo que parecía un milagro, el ladrón dijo:

–Señor: Os confieso que yo, lo mismo que mis otros tres camaradas, vemos perfectamente, y si nos fingimos ciegos es por holgazanería y por poder penetrar más fácilmente en las casas.

Con semejantes artificios hemos llegado a reunir hasta diez mil dracmas de plata, que teníamos escondidos y de los cuales éstos se negaban a darme su parte.

¡Cuál no sería entonces la situación de los ciegos recibiendo palos y más palos sin por eso abrir los ojos como el otro pillete!

Por fin los verdugos les dejaron por lástima, y el juez se contentó con desterrarlos de la ciudad y confiscándolos su parte del dinero, no sin antes dar al ladrón las dos mil quinientas monedas que decía corresponderle. Yo me limité a recoger en secreto a mi hermano, no atreviéndome a decir nada por temor a males mayores.

Historia del cuarto hermano del barbero.

–Señor, mi cuarto hermano se llamaba Alcuz y tenía una gran tablajería, a la que dió en venir para comprar carne un viejo, quien siempre le daba unas monedas tan flamantes que mi hermano las fué conservando todas. Cuál no sería un día su sorpresa al ver que las tales monedas no eran sino pedazos recortados de hoja de lata, que el viejo, con artes de mala magia, le había hecho tomar por moneda recién acuñada.

Alcuz denunció el hecho a la justicia; pero el malvado, a más de negarla, le acusó, a su vez, de que vendía carne humana, como pareció comprobarlo, haciendo con su funesto poder que a los ojos de todos pareciese un cuerpo humano el carnero que Alcuz acababa de degollar. El juez, indignado, le mandó dar quinientos palos y expulsarle del reino. Además, en tales andanzas, quedó tuerto.

El infeliz, desesperado al ver que sus pecados, sin duda, eran los que le habían puesto en trances tan injustos como dolorosos, se resignó con su negra suerte; pero, como ya recelaba, y con razón, de todo y de todos, otro día que se vió cerca de un motín no encontró mejor partido que el de refugiarse tras la primera puerta que halló entreabierta. ¡Nueva desgracia para el infeliz, porque allí le recibieron del modo más hostil, deputándole por un ladrón, y como, además, las cicatrices de la anterior paliza abonaban poco en su favor, hete aquí que el buen Alcuz se vió tratado como la vez anterior, sin que nadie se pusiese en favor suyo. Sólo yo pude socorrerle secretamente como Dios me dió a entender con mis cortos haberes.

Historia del quinto hermano del barbero.

–Mi quinto hermano, Alnaschar, era el hombre más ocioso del mundo. Cuando recibió la corta herencia de nuestros padres la empleó toda en comprar una gran canasta de loza y cristal para revenderla. Como todo perezoso es iluso, una tarde se entretenía en hacer castillos en el aire diciendo:

–En la venta de esta mercancía doblaré su valor y compraré otros tantos más, que de nuevo doblaré con la reventa, y así, de progreso en progreso, pronto me veré rico; me haré joyero, las mujeres se preñarán de mí; me casaré con quien quiera, haciendo de mi mujer una esclava que me sirva sin dilación, aunque yo la trataré así, a patadas. –Y diciendo esto dió con el pie impensadamente sobre la canasta, derribándola y rompiéndose casi todo el contenido.

Un sastre que estaba viéndole y oyéndole le dijo, tras una carcajada, mientras mi hermano echaba a llorar:

–¡Cuán malo eres en tratar así a una mujer que te idolatra!

En esto pasó por allí una gran señora seguida de lucido cortejo, que, al saber la causa de su desgracia, se compadeció de él y ordenó se le diese una fuerte suma y le invitó a seguirla, cosa que no vaciló un punto el desdichado. Pero no bien entraron ambos en el suntuoso palacio de aquélla se presentó un negrazo terrible, su amante, quien, sin más dilación, la emprendió a sablazos con el triste, hasta dejarle por muerto.

Introducido así Alnaschar en una tumba, de allí a un rato volvió de su desmayo y se dió trazas a escapar por un agujero que tenía el sarcófago y tras mil amarguras, pudo volver a mi lado, ansioso de venganza. En efecto, de allí a varios meses volvió a ver a la dama, se introdujo en su palacio y logró cortar la cabeza al negrazo y a la esclava de la dama que había servido de intermediaria para sus fingidos amores. Entonces, esta última señora se echó a sus pies pidiendo clemencia y contando la historia entera de sus desventuras, a saber: que era de noble alcurnia, que había sido llevada engañada a aquel palacio y tiranizada por el negro, cuyas fabulosas riquezas allí acumuladas, una vez muerto el negro, quedaban por suyas.

Fue, en efecto, al otro día; pero se le adelantó la perversa, y cuando llegó para apoderarse del tesoro, éste y la dama habían desaparecido... Para mayor desgracia, la justicia le sorprendió en la faena de desvalijar el palacio, y sin más averiguaciones, le condenó a ser apaleado y expatriado. En el camino, en fin, cayó en manos de una cuadrilla de malhechores que le despojaron hasta de sus vestidos.

Las historias del sexto y séptimo hermanos del barbero y el final de la del jorobadito se darán en el siguiente capítulo.

(1) En el texto de Mardrús esta Zobeida es llamada Sett-Zobeida. Al proveedor se le llama “proveedor del rey de la China”, con notorio anacronismo, pues que la escena pasa entre musulmanes.

(2) El texto de Mardrús presenta ciertas discrepancias en cuanto a los nombres de los hermanos del barbero, puesto que dice este último: “Sabed, ¡oh, señor!, que mi hermano mayor se llama Bacbuk, nombre que quiere decir “el que al hablar hace un ruido como el de un cántaro que se vacía” –¿el tartamudo?–; el segundo se llama El Haddar, o sea

“el que rebuzna o muge como un camello”; el tercero, Bacbac, “el petulante”, el cuarto, El Kuz-el-Assuani, o “el botijo irrompible de Assuán”; el quinto, El Aschiâ, “el gran caldero”, “la camella preñada”; el sexto, Schakalik, o “el Jarro mellón”, y yo me llamo El-Samet, o “el Silencioso”; Montasser Billah, significa “el victorioso con la ayuda de Alah.” Todos estos nombres se recuerdan grandemente en el humorismo de las instituciones populares medioevales, tales como la de “los Maestros cantores”, inmortalizada por Wagner.

EL VELO DE ISIS
Mario Roso de Luna